

minación, que el autor fundamenta a través de su obra y de las cuales podríamos destacar las siguientes:

En el sistema capitalista, el periodismo —como otras formas de comunicación— constituye en manos de la clase dominante, un arma política y económica, cuyo poder se ha acrecentado en los últimos años con el progreso de la técnica.

El periodismo, en esa doble función, no sólo sirve a la clase dominante local, sino también a la metrópoli en su relación con los países que domina.

La clase dominante utiliza al periodismo como arma política, para diluir las inquietudes que contra ella tienen los asalariados, dirigiendo su atención hacia otros terrenos (deportes, notas policiales, etcétera). Sin embargo, como hay acontecimientos que por su importancia ya no puede ocultar, también se sirve del periodismo para propagar la versión que favorece a sus intereses.

Pero es aquí donde se encuentra la contradicción máxima del capitalismo, en lo que a medios de comunicación se refiere, pues la creación de apetencias y la imposibilidad de satisfacerlas, causa en las masas una inquietud que constituye "un fermento social poderoso".

Esta contradicción aumenta en los países subdesarrollados y dependientes, donde los medios de comunicación deberían ser de utilidad social, en conexión con planes generales de desarrollo.

*Language and Social Context. Selected Readings.* Edited by Pier Paolo Giglioli. Penguin. Educa-

tion. 1st. Published, 1972. Reprinted, 1973.

De acuerdo con la presentación que Giglioli hace de los materiales de su antología, la sociolingüística aparece como una materia que carece aún de un cuerpo integrado de teoría; en la que se inicia la exploración de conceptos, desde ángulos distintos (antropológicos y sociológicos) y que intenta identificar las variables cuyos valores tendrán que determinar —en cada caso— las pesquisas sociolingüísticas concretas.

Entre esos esfuerzos, destacan los de Fishman y Hymes. Fishman reconoce una sociología descriptiva del lenguaje (que, para ser congruentes con las otras denominaciones preferiríamos llamar sociología estática del lenguaje, con su inicial sociografía lingüística), una sociología dinámica (a la que, en forma correspondiente se puede hacer anteceder de una simple descripción narrativa, histórica, del lenguaje) y una sociología aplicada (que nosotros preferiríamos llamar socioprudencia lingüística con expresión que, por lo que hace a su primer término, "socioprudencia", es del español José Ignacio Alcorta); dentro de esta última, podría reconocerse, junto a cierta "teoría del planeamiento lingüístico", a la manera de Tauli, y a otras "teorías" de la enseñanza y aún del trabajo sociolingüístico, una sociotecnica lingüística, realizadora de los principios propios de esas "teorías". Hymes, por su parte, al definir el "acontecimiento lingüístico" quizás haya proporcionado la unidad (o, por lo menos, una de las unidades básicas) del análisis sociolingüístico.

La aportación de Hoffman viene a reforzar estas concepciones, en cuanto el autor se detiene a analizar la

estructura propia de las situaciones sociales en general, y más particularmente, la de aquellas situaciones sociales en las cuales ocurre el habla. La situación social en la que se produce el habla no sólo está estructurada sino que también está sujeta a control social.

Incide aquí, con su colaboración, Basso, dentro de una temática que nos es grata: aquella según la cual, en sociología conviene estudiar el lado —y quizá más atentamente que— el positivo, el negativo fotográfico de los fenómenos. Fue así como, en cierto momento, señalamos la importancia que tendría romper el hielo de un estudio de la “soledad-solitariedad” (*25 Conceptos de Uso Sociológico*), en cuanto negativo fotográfico de la solidaridad. Es así como Basso emprendió, entre los apache, el estudio del silencio (negativo fotográfico, para nosotros, del habla) y reveló, por ejemplo, que esos “primitivos e incivilizados” según las concepciones de los adocenados, ya que “ni son cristianos ni occidentales”, han alcanzado la comprensión y la finura espiritual necesarias para prescribir que “a quien acaba de perder un ser querido no hay que hablarle sino lo necesario, si no se quiere provocar en él reacciones indeseables”. Sociológica y psicológicamente, Basso encontró que el silencio lo prescriben los apache, en general, cuando hay ambigüedad en las expectativas de un papel social (al que los pochos prefieren llamar rol, olvidando que este anglicismo suyo tiene, por detrás, como si fuera poco, un galicismo); en esas situaciones incómodas en las que “no se sabe qué decir”.

Giglioli ha recogido también, en su antología, una de las primeras aportaciones sobre la regulación social de la secuela que siguen las conversaciones, las cuales se sujetan a patrones sintagmáticos y paradigmá-

ticos y que, más ampliamente, se constituyen por elecciones entre alternativas permitidas, como en los “encuentros” (de nuevo esta noción que exploró en su sociología formalista con Wiese, en un artículo publicado precisamente en esta *Revista*) para beber; encuentros o reuniones propios de los subanum.

Los trabajos de Labov, Schegeloff y Searle, recogidos también en la antología, precisan estas concepciones, y proporcionan (especialmente el del último) “cuadrículas éticas (en las que lo ético no tiene nada que ver con lo moral sino con el contraste con lo “émico”, con esa peligrosa denominación ambigua, tan insensatamente introducida por los lingüistas americanos, que tienen la disculpa de distinguir con una *h* intermedia entre *ethics* y *etic*, pero en el que caeremos ineludiblemente los “escribidores” del español que traducimos apresuradamente del inglés). “Cuadrículas éticas”, útiles para situar los datos de las pesquisas sociolingüísticas empíricas.

Más cerca de la pesquisa concreta que de las teorías y los métodos, aparecen —dentro de la selección de Giglioli— las aportaciones de Bernstein (tan frecuentadas por algunos y tan molestas para tantos otros) y las de Labov (que quizás, al fin y al cabo, hayan sido las que hayan hecho decir esa barbaridad de que, en último término, la sociolingüística sería *sólo* una dialectología social!).

Giglioli también ha tenido que defender a Bernstein de las torpes simplificaciones, ya que él piensa que más que tratar de cambiar el lenguaje de los escolares, lo que se debe cambiar es la organización escolar, basado en su confianza en las potencialidades genéticas de cualquier código lingüístico) así como, por otro lado —por la vertiente de la desapasionada contemplación de la realidad

sociolingüística— recoge la conexión (que, como dice el antologista, es válida para Gran Bretaña y sólo hipotética para otras sociedades-comunidades-hablantes) entre las variantes de habla y los contextos conversacionales de una parte, y los tipos de familia (posicional o centrada, por lo que se refiere a sus miembros) de la otra. De Labov, a su vez, recuerda cómo “en la situación educativa estadounidense... las teorías de la privación verbal pueden convertirse en profecías que se cumplen a sí mismas y obstruyen el éxito escolar de niños de trasfondos étnicos diferentes”, lo cual, unido a otras conclusiones parecidas (como la que muestra que los millonarios no son objeto de imposición fiscal, y que la extensión de la educación si no ha perjudicado tampoco ha favorecido a las capas inferiores que la buscaron tan afanosamente), justificaría para ciertos tipos de sociedad, un desesperado “*Lasciate ogni speranza...*”

Los estudios de Gumperz sobre la diglosia como uso de las variantes baja y alta del idioma, para el cumplimiento de funciones sociales distintas, los de Brown y Gilman sobre “las dimensiones semánticas de uso selectivo de los pronombres” en varias lenguas, y los de Labov, sobre la variedad lingüística en nivel sociológico, que se presentan en la antología de Giglioli, se inscribirían fácilmente en lo que Bright definió, en la Conferencia Sociolingüística de Los Angeles, como objeto de la sociolingüística: la covariación de lo social y lo lingüístico que Einar Haugen (al fin lingüista alertado hacia la importancia de los “ceros contrastantes”) completaba con la “covariación-cero” (más próximo de, pero no confundible con el negativo fotográfico de la sociolingüística, ya que también cabe pensar en una covariación negativa en que lo lingüístico varíe, exacta-

mente en sentido opuesto al sentido en el que varía lo social).

Giglioli es bastante modesto en el subrayado de estos trabajos (lo cual no significa que haya errado al hacerlo), pues dice que “una vez que las covariaciones entre el habla y las variables sociológicas se establecen, las variaciones del habla se pueden usar como indicadores sensitivos y no obstructivos de la investigación social”, en lo que puede notarse la táctica aceptación por el antologista italiano, como por todos los otros sociolingüistas, de que lengua y sociedad varían en el mismo sentido, aunque en diverso grado, sin que se piense o sin que casi se piense, en la posibilidad de que lenguaje y sociedad varíen en sentidos precisamente opuestos... Pero, aún si se deja esto, para otra ocasión, aún queda, frente a lo anterior el que el subrayado de Giglioli puede evocarle al maniático de la estadística todo un cuadro de correlaciones simples, múltiples y parciales de las que aquí tal vez no se han recogido ni todas ni las más interesantes, entre las posibilidades asequibles.

Sin embargo, la crítica se suaviza en cuanto, al presentar los trabajos de la última parte de su antología, Giglioli indica que el lenguaje “no sólo es un buen indicador del cambio social sino, también, causa importante del mismo”.

Más adelante, recae en algo que ya decía Antonio Caso —uno de los sociólogos mexicanos a quienes nos obstinamos en arrumbar o destruir con auténtico complejo académico de Edipo— “un sistema de comunicación lingüístico es prerequisite indispensable para la existencia de un grupo humano”, ya que él afirmaba que no hay sociedad sin lenguaje ni lenguaje sin sociedad (con todas las precisiones que esto pueda imponer a una mente más escrupulosa o a un

lingüista más hecho a las distinciones saussurianas y post-saussurianas).

En relación con el conflicto (que puede conducir o no a cambios), Inglebart y Woodward, en la antología, señalan cómo las diferencias idiomáticas resultan políticamente disruptivas si, y sólo si, hay dos precondiciones sociales: 1) la posibilidad de una movilidad social, y 2) el bloqueo de la misma por ciertos grupos, en razón de su idioma.

El trabajo de Goody y Watt sobre la forma en que la falta de escritura determina que en la transmisión cultural no se distinga entre mito e historia, y promueve una "tendencia homeostática" que "no considera o modifica aquellos aspectos del pasado que ya no son funcionales en el presente", amplifica la importancia social del alfabetismo y, al converger con las conclusiones del trabajo al que nos acabamos de referir, determina una resultante que convierte en explosiva la conclusión de Stinchcombe sobre la forma en que,

"para los países que surgen afectados por diferencias de lengua, el alfabetismo de la élite lingüística quizá sea la característica cultural más importante..."

no sólo como él dice "para la forma del sistema de estratificación" sino para la estructuración, el funcionamiento y el cambio social de los mismos.

En resumen, que si el lector de la antología de Giglioli no obtiene una visión total de las inquietudes actuales de los sociolingüistas, sí logra un conjunto de atisbos importantes, fáciles de interrelacionar y que —a veces— como en el caso del estudio de Basso no son de los más trillados aunque sí debieran ser de los más importantes en estudios de esta índole, y deberían imponer la apertura del capítulo co-

rrespondiente en todas las pesquisas etnográficas.

Oscar Uribe-Villegas

Carl J. Friedrich: "Corporate Federalism and Linguistic Politics". *Politics between Economy and Culture*. IPSA, AISP. Montreal, 1973.

El ex-presidente de la Asociación Internacional de Ciencia Política evoca aquí —sobre todo— los esfuerzos hechos por los socialistas austriacos Bauer y Renner para encontrarles a los problemas del multilingüismo intraestatal una solución; solución capaz de ofrecer una alternativa preferible, —al menos en ciertos casos— a la del federalismo territorial.

Friedrich comienza por reconocer y subrayar la gran fuerza que suele alcanzar el conflicto lingüístico en comparación con otros tipos de conflicto, en cuanto, después de haberlo parangonado con el religioso, llega a establecer la similitud que existe entre ellos, en términos de la cuasi-imposibilidad que hay para resolverlos mediante la transigencia y la transacción (el *compromise* caro a los ingleses).

El principio (no eterno, sino enraizado en la historia de las sociedades) de que "en un Estado *debiera* haber sólo un idioma" sólo es válido —como él lo reconoce— cuando ese Estado es unitario. En los otros casos, sociolingüísticamente, deja de ser válido dicho principio, en cuanto los intentos de aplicación del mismo crean más problemas de los que resuelven, y la solución a aquel que plantean el plurinacionalismo y el plurilingüismo se insinúa por el rumbo de la construcción jurídicopolítica federal (a